

Prólogo

Alejandro MAYORDOMO PÉREZ

Catedrático de Historia de la Educación. Universidad de Valencia

Presidente de la Sociedad Española para el Estudio del Patrimonio Histórico-Educativo (SEPHE)

El lector podrá comprobar enseguida que este libro tiene detrás muchas historias, que es producto de un extraordinario esfuerzo, de muchas personas y mucho tiempo con una eficaz ilusión, que presenta —desde apoyos institucionales y recursos financieros bien modestos, en la mayoría de ocasiones— actuaciones notorias, buenos resultados y prometedores anticipos. Y digo esto, no solo por el volumen ahora publicado, sino sobre todo por cuanto le ha precedido, por el largo y coral trabajo que fue necesario para ir componiendo esta red de recuperación, estudio y exposición de nuestro patrimonio histórico-educativo. Contiene y expresa motivos, razón, creatividad, emoción, pasado y presente y futuro.

En primer lugar, queda claro que toda la variada actividad aquí descrita se vincula a una conceptualización del patrimonio cultural que, como acepta nuestra ley de 1985 sobre ese tema, incluye bienes muebles e inmuebles, conocimientos y actividades, aspectos materiales, sociales y espirituales. La citada actividad se inscribe, como decía, en una clara posición de interés y valoración respecto al patrimonio material e inmaterial de nuestro sistema escolar. Es esta una parte importante e ineludible, aunque algunos la olviden, de aquello que se denomina como *patrimonio cultural* y de lo que significa la memoria colectiva.

Y recordemos a ese respecto que, como han señalado la Convención de la Unesco para la Salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial y nuestro propio Plan Nacional, es muy difícil separar lo material e inmaterial en el contexto de la cultura. Los objetos de la actividad educativa, en nuestro caso, son un soporte físico culturizado, ciertamente, y por ello son un producto cultural sobre el que descansan significados y la información; en tanto que lo inmaterial o que lo intangible, por otro lado, no existe por lo general sino en función de referentes materiales. Sobre ambas perspectivas se ha centrado el laborioso desarrollo de las iniciativas que este texto presenta,

y que se han incorporado progresivamente al amplio conjunto de centros similares que se reparten por muchos países de Europa, por Estados Unidos, Canadá, Australia y diversos países iberoamericanos.

Sin duda podemos afirmar que tanto los espacios como las prácticas y materiales de las instituciones educativas son bienes culturales, porque son realidades llenas de significado y testimonio. Y promover la protección y estudio de todo ello ha contado con la inestimable ayuda de los centros que en este libro nos ofrecen un resumen de su particular dedicación. Todos han entendido bien la fuerza de ese legado, de un patrimonio que reconocemos como un conjunto de elementos que son portadores del valor de testimonio y memoria histórica, manifestación o muestra de identidad cultural. Una dedicación de valoración y activación del patrimonio que es preciso agradecer y alentar.

Las experiencias que conoceremos a lo largo de estas páginas han contribuido, y seguirán en ello, a reconstruir la memoria e historia de la educación por caminos de renovación documental, temática y metodológica. Y han atendido a la potencialidad de leer en los espacios, de descifrar los objetos o materiales didácticos, de escuchar las voces y los escritos de las personas, de interpretar los cuadernos, de mirar las imágenes. De cuidar y averiguar en el precioso poder de información y evocación de los carteles, los pupitres, los mapas, los libros de visita, las publicaciones escolares, los documentos administrativos, los inventarios, las colecciones científicas, etc. Meritoria labor ha sido preservarlos, por su valor simbólico, como auténticos portadores de valores culturales y estudiarlos para plantear preguntas y promover interpretación, para observar las formas históricas con las que determinados hechos fueron significados; incluso lo han hecho con el objetivo, que algunos señalan, de generar conexiones cognitivas y emocionales desde esa forma de revivir o visitar el pasado. Esa ha sido, seguramente, una finalidad central de su empeño.

Por otra parte, las iniciativas que se han ido creando en España responden igualmente al deseo y la necesidad de contar con diversidad de museos relacionados con la enseñanza, la educación y pedagogía. Museos que conserven, exhiban, estudien e investiguen. Algunas, bastantes o muchas de esas tareas —como en el libro se explica— han sido emprendidas y siguen sosteniéndose en apoyo de nuevos y más ambiciosos objetivos y proyectos; en cualquier caso, tratando de contribuir a cosas, que a mi modo de ver son básicas: *materializar* unos espacios y muestras que con su *visibilidad* puedan estimular una mejor *valoración* de este ámbito museístico y una mejor *transferencia educativa y socio-cultural* de los mismos. Sería larga la enumeración de acciones que ello exige: unas en orden, primero, a conservar, proteger, analizar, sistematizar, enseñar, comunicar; otras sostenidas como creación de recursos y motivos para que otros puedan observar, retener, participar, construir, significar,

aprender. En definitiva, para que el museo facilite conocimiento, emoción, identificación cultural y comunitaria.

Aquí encontrará también el lector experiencias y realidades que expresan nuevas orientaciones y posibilidades, sabrá de labores para que esas ofertas museísticas sean el *resultado* de la consolidación de una idea y propósito; y que sean el *fundamento*, a su vez, de un estudio e investigación en el campo histórico-pedagógico, el trabajo por desvelar la construcción socio-histórica del sentido de la normatividad pedagógica, de la configuración y desarrollo a lo largo del tiempo de las prácticas cotidianas en la tarea escolar, del protagonismo o responsabilidad que fueron tomando los actores de esos procesos.

Tal vez la satisfacción de prologar este libro me provoca un cierto atrevimiento, el de insistir en algunos comentarios al respecto de las preocupaciones que desde la SEPHE sentimos por promover y fortalecer estas cuestiones. De ellas, lo reconozco, he aprendido. Si me lo permiten intentaré esbozar, ahora, algunos puntos sobre ello, con la sencilla intención de abundar en la concepción y el uso del patrimonio cultural como recurso: de investigación y conocimiento, en primer término, y en consecuencia necesitado de un fundamental marco teórico-conceptual; en segundo lugar como importante y efectivo recurso didáctico; y también, finalmente, en su potencialidad para los usos sociales del mismo.

Pienso, en ese sentido, que conviene realizar un esfuerzo de colaboración, intercambio y coordinación, así como dar un impulso a nuestra presencia en diferentes ámbitos socio-culturales, académicos, políticos y de los medios de comunicación. Quiero decir que es necesario abrirse a nuevas audiencias y públicos, así como profundizar en las relaciones a establecer con los centros de enseñanza que podrían y deberían estar involucrados en esta misión. Considero, además, que hay que repensar sobre las diferentes tendencias/orientaciones que convenga asumir, incorporar nuevos enfoques, explorar más posibilidades; conviene reflexionar efectivamente sobre los compromisos y vinculaciones sociales que cabe sostener y los apoyos institucionales que es preciso conseguir, y estar siempre abiertos a nuevos entornos, plurales compañías, intervenciones multidisciplinares.

Parece claro, por otra parte, y aunque se haya dicho reiteradamente, que el estudio del patrimonio histórico-educativo y nuestra posición ante la museología de la educación ha de tomar firme y definitivamente los caminos que combinan la conservación, la investigación y la comunicación. En dos palabras más, dirigidos a lo etnográfico y lo hermenéutico. En fin, pienso en la importancia que tiene, por una parte, elegir bien los objetos a estudiar y presentar, al objeto de que realmente sean aquellos que presenten los requisitos, la capacidad necesaria o las características que permitan el cumplimiento de nuestro objetivo; y entiendo, además, que deberemos dirigirnos a construir sistemáticamente una eficaz oportunidad para conocer, reve-

lar, formar, divulgar, siendo —al mismo tiempo— atractivos y rigurosos. Siempre más allá de las derivas del anticuariado o la mera nostalgia.

El componente formativo y didáctico deberá ser, seguro, un referente especial y que para nosotros resulta evidentemente inexcusable. Con mi petición de disculpas, por insistir. Es preciso, a mi juicio, hacernos visibles en este territorio, pero singularmente como pedagogos. Procurar, pues, con el mejor cuidado, que nuestras creaciones museísticas tengan relato o narración: para ver, para mirar, para preguntar, para la ayuda a interactuar, entender, responder, redefinir; se trata, por consiguiente, de hacer del museo otra escuela o un espacio más de aprendizaje. En cualquier caso, el reto no es reducir la visita a espectáculo o elemento de ocio, sino integrar en ella propósitos y medios formativos. Me parece que especialmente para nuestros estudiantes, futuros educadores, el museo debe ser algo sustantivo, algo más que una distracción. Apostemos por museos *con* educación y pedagogía.

Y por no hacer más extenso este exordio, quiero apuntar finalmente a la provechosa diversificación que ya se advierte en bastantes de las cosas hasta ahora realizadas. Lo podrá comprobar el lector. Sí a las escuelas-museo, como sitios preferentes de memoria. Sí a los museos virtuales y a sus nuevas y atractivas formas de comunicación y de interacción, incluso reconociendo la necesidad de pensar sobre los problemas derivados de la aplicación de nuevos soportes tecnológicos para la preservación y transmisión del patrimonio cultural y educativo. Sí a los logros conseguidos para recuperar y valorar el patrimonio histórico-educativo de los institutos de educación secundaria. Sí a las magníficas colecciones particulares y exposiciones temporales, que son base, ayuda, estímulo y carta de presentación. Decimos sí, también, a la posible presencia de lo educativo en los ecomuseos, integrados en el patrimonio de una comunidad específica y que, en función precisamente de esa escala, facilitan nuevas orientaciones y significados; la vida escolar puede ser allí una de las componentes que interesa a ese objetivo del ecomuseo que es la implicación y participación comunitaria que «se mira» y «se reconoce», en expresión de uno de sus primeros promotores, George Henri Rivière.

Con todo ello es evidente que las informaciones de tantos proyectos y tantos caminantes no pueden recogerse aquí, en este libro que invito a leer; resulta comprensible en razón de los condicionantes para llevar adelante esta publicación. Pero entiendo que es preciso manifestar agradecimiento, y satisfacción por su labor, a muchos ejemplos de trabajo cívico y cultural que ya han comenzado a desarrollarse y que pueden visitarse en toda España. Con su tarea escriben partes muy vivas y entrañables de este proyecto.

Sencillos, pero grandes; carentes de publicidad, pero llenos de enseñanzas. Al Museo de la Escuela Rural de Alcorisa (Teruel), a los de Cabranes y de Ibias (Asturias), al de Linás de Marcuello (Huesca), a los museos de la escuela o escuelas-museo de

Revilla de Camargo (Cantabria), de Vega de Doña Olimpa (Palencia), de Mogrovejo y de Quirós (Asturias), de Aldeamayor de San Martín (Valladolid), de Caños del Río (Salamanca), de La Aldea de San Nicolás (Las Palmas), de la Pobra de Trives (Ourense); gracias y felicitaciones, también, al Museo Escolar Selgas, en Cudillero (Asturias), a la Sala Cossío del Museo Sierra-Pambley en León, a los diferentes museos etnográficos que han integrado algún espacio dedicado a la vida escolar, o a trabajos tan consolidados como los del Museo Escolar Pusol de Elx (Alacant). Y a la recuperación y conservación de espacios y fondos en Cabezuela del Valle (Cáceres), en Sesga y Aras del Olmo (València), Benassal, Culla y Coves de Vinromà (Castelló), Bordecorex (Soria), Bañuelos de Bureba (Burgos). Y a otros más que quedan reflejados en un cuadro informativo que se presenta después en otro capítulo del libro. Quiero saludar a todos quienes los han animado y sostienen, y manifestar el deseo de que se pongan en contacto con la SEPHE, a través de nuestra página web, para compartir y fortalecer esta red de compañeros y amigos.

En los textos de este libro podemos encontrar motivos, sugerencias y aclaraciones para pensar, hacer, proseguir. Y tendremos ocasión de encontrar ejemplos personales, de hoy y de ayer, que es obligado reconocer y tener en cuenta. Aunque tal vez tengamos que acudir ahora, y constantemente, a aquello que relata Manuel B. Cossío al escribir sobre cómo constituir los «museos cantonales», que él pensaba podían ser denominados «museos de educación popular»; el procedimiento es bien sencillo, dijo: «Consiste en pedir mucho y con perseverancia». Parafraseando, podríamos añadir: se trata de trabajar mucho y con perseverancia.

Valencia, marzo de 2016